

PLÁTICA XI.

ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.—EXCELENCIA DE LA CASTIDAD.

O quàm pulchra est casta generatio cum claritate. (*Sap. iv, 1*).

El segundo artículo del Símbolo que os expliqué el domingo pasado comenzó á insinuarnos el gran misterio de la encarnacion del Hijo de Dios : el tercero que emprendo explicar hoy, pasa á declararnos el modo con que este Hijo de Dios se encarnó ó se hizo hombre, diciéndonos *que fue concebido por obra del Espíritu Santo*. Muchas son las verdades de fe que conviene saber sobre este misterio ; para que las entendais bien, voy á exponéros las con distincion y claridad.

La primera es, que la segunda persona de la santísima Trinidad se ha encarnado ó hecho hombre : no la primera ni la tercera. Cierto es que el Padre podia encarnarse, y no menos el Espíritu Santo : pero en realidad no se encarnó sino la Persona del Hijo. El por qué se hizo así, no toca á nosotros averiguarlo ; bien que no faltan razones bastante sólidas para demostrar que fue cosa muy conveniente que este misterio se efectuase en la segunda Persona, y no en las otras dos. Santo Tomás propone tres que convencen ¹.

La segunda verdad es, que el Hijo de Dios haciéndose hombre no se despojó de la divinidad, ni dejó de ser Dios. Esta verdad, que á primera vista parece muy oscura, se hace

¹ D. Thom. 3 part. quæst. 3, art. 3.

bastante sensible por alguna paridad. Si una densa nube se interpone entre nosotros y el sol, ocultándonos sus rayos y resplandores, es cierto que aquel astro nada pierde por esto de su luz, y que queda tan brillante y luminoso como era antes. Del mismo modo escondiéndose el Hijo de Dios bajo el velo de nuestra humanidad, nada perdió de su grandeza infinita, y quedó tan Dios como antes era. Mas : así como el sol ilumina la nube, y la nube no oscurece al sol ; así en este misterio nuestra naturaleza quedó ennoblecida por la divinidad, y la divinidad no quedó destruida ni contaminada por nuestra naturaleza.

Tercera verdad : si el Hijo de Dios encarnándose no dejó de ser Dios, se sigue que en Jesucristo debemos reconocer y confesar dos naturalezas distintas, divina y humana : la una divina, porque es Dios ; humana la otra, porque es hombre : Dios verdadero, porque es engendrado de la sustancia del Padre ; hombre perfecto, porque, engendrado de la sustancia de María vírgen, tiene como nosotros una alma racional dotada de entendimiento y voluntad, y un cuerpo compuesto de carne, sangre y huesos igualmente que el nuestro. Estas dos naturalezas se unieron íntimamente en Jesucristo ; pero sin mezcla, sin confusion alguna : por manera que cada una retuvo su propio ser ; la divina el ser divino, la humana el ser humano. No falta alguna semejanza para hacer un tanto sensible esta verdad. Si vosotros ingertais la púa de un árbol en el tronco ó rama de otro árbol de especie diferente, por ejemplo la púa de un peral en el tronco de un manzano, resulta un árbol que os presenta dos especies diferentes, y os da frutos de dos árboles distintos en naturaleza. Así unidas en Jesucristo la naturaleza divina y humana, quedaron entre sí distintas sin confusion alguna.

92 Cuarta verdad : aunque en Jesucristo reconocemos dos naturalezas realmente distintas, no reconocemos en él mas que una sola Persona, que es la del Verbo. Es verdad que siguiendo el curso natural, la naturaleza humana debía tener su personalidad propia, como la tiene en nosotros ; pero por un milagro fue impedida en Jesucristo, y suplida por la personalidad del Hijo de Dios. De lo que resulta, que aunque en Jesucristo haya la divinidad y humanidad entre sí distintas, no hay mas que un solo sujeto, un solo individuo, una sola persona ; al modo que yo no soy mas que un solo hombre, aunque estoy compuesto de alma racional y de cuerpo, cosas entre sí bien distintas y diferentes.

Quinta y última verdad : la encarnacion de Jesucristo no fue cosa de hombre, sino obra toda del Espíritu Santo. El Espíritu Santo bajando en María la dió una fecundidad divina, y la hizo madre sin perjuicio de su virginidad. Aquí es, hijos míos, donde debemos exaltar esta obra admirable de Dios, exclamando con el Sábio : *O quam pulchra est casta generatio cum claritate!* ¡oh qué hermosa es esta concepcion casta y pura, en la que no tuvo parte hombre alguno, sino la virtud sola del Altísimo y la purísima sombra del Espíritu Santo! Aquí es tambien donde debemos conocer la hermosura, el valor, la excelencia de la virtud de la castidad ó santa pureza. Notad, hijos, notad. El Hijo de Dios haciéndose hombre, no rehusó sujetarse á todas las miserias que afectan nuestra miserable condicion ; se sujetó al hambre, á la sed, al calor, al frio, al cansancio y á la misma muerte. Una hay á que no quiso sujetarse, y es á ser concebido como nosotros. ¡Oh! Esta miseria le causó horror, la juzgó indigna de su pureza y santidad, la apartó de sí por un milagro el mas grandioso. Prueba clara de lo que ama Dios la casti-

dad, y de cuánto detesta el vicio contrario. ¡Ah! si vosotros, hijos míos, conociésteis bien toda la hermosura y excelencia de esta virtud angelical! ¡qué diligencia tendríais en adquirirla! ¡qué cuidado en conservarla! ¡qué circunspeccion en no exponerla! Para ver si logro enamoraros de esta celestial virtud, voy á exponeros sus prerogativas y excelencias.

Quien quiera comprender la excelencia y hermosura de la castidad, no ha de hacer mas que escuchar el panegírico que de ella hacen todos los santos Padres y Doctores de la Iglesia. ¡Qué pintura tan bella hacen de esta virtud! ¡qué elogios tan magníficos tejen á las almas puras que la profesan! Unos las llaman *el escuadron mas hermoso de la Iglesia*, como san Cipriano : otros, *los ángeles de la tierra*, como san Juan Crisóstomo : otros, *criaturas bajadas del cielo*, como san Ambrosio : otros, *flores hermosísimas cuyo olor recrea al mismo Dios*, como san Bernardo : otros, *serafines vestidos de carne*, como san Jerónimo. Y no creais, hijos míos, que estos elogios sean desmedidos ni exagerados ; pues la misma Iglesia participa de este modo de pensar, diciendo que no tiene palabras bastantes para elogiar la pureza. Vosotros repararéis, que cuando la Iglesia nombra las diferentes virtudes y prerogativas de María santísima, lo hace con un estilo natural, como que no le causasen admiracion ; pero cuando llega á la virtud de su pureza y á la prerogativa de su virginidad, de repente cambia de tono, y como fuera de sí exclama : *Sancta et immaculata virginitas, quibus te laudibus efferam, nescio* : ¡oh santa é immaculada virginidad, no sé con qué alabanzas elogiarte!

Ya no me admira que aquellos que dichosamente poseen

la inestimable joya de la castidad, lo expongan todo, lo sacrifiquen todo antes que dejársela robar. Yo pudiera traer aquí un sinnúmero de ejemplos de almas castas, que han sufrido cárceles, destierros, martirios, primero que permitir se les echase un borron en su pureza. Vaya uno solo, que servirá por todos. Un noble personaje asistió á la entrada de una doncella ilustre que tomó el hábito de religiosa dominica. Era la casta doncella de una figura interesantísima, y sobre todo encantaba por la expresion tierna y viva de sus ojos. Quedó el tal señor tan ciegameute enamorado de ellos, que de aquel dia en adelante no cesaba de molestar á la casta esposa de Jesucristo, introduciendo en el convento cartas amorosas en que le manifestaba su pasion. Temió la cándida novicia los malos resultados que pudiera traer á ella y al convento una negativa absoluta dada á tan poderoso señor. ¿Qué hace, pues? Toma la pluma y escribe, diciéndole : *Señor, quien todo lo niega, á veces todo lo ha de conceder. Yo tengo dos cosas que os agradan ; voy á regalaros una para que me dejeis la otra. Aquí teneis mis ojos que tanto en gracia os han caído, son bien vuestros ; yo me quedo con la pureza, que tengo ofrecida á mi esposo Jesús.* Escrito esto, cierra la carta, toma el cortaplumas, se saca con él los ojos, dejándolos caer en un vaso, y vaso, ojos y carta lo envia todo al señor que la solicitaba. ¿Qué os parece, hijos, de este ejemplo? ¡Oh, á cuántos que me escuchais deberia ruborizar el ejemplo de esta novicia! Comprended al menos cuánto aprecian los castos esta hermosa virtud, que los impuros ajan y pisotean.

Si quereis comprender vosotros el aprecio que hace Dios de la castidad, escuchad al Eclesiástico, quien os dice que no hay cosa tan preciosa en el mundo, que pueda compa-

rarse con una alma pura y honesta : *Omnis autem ponderatio non est digna continentis animæ.* Poned de una parte todas las esposas del mundo, sean princesas, sean reinas, sean emperatrices ; poned de otro lado á una doncellita sumamente pobre, pero pura en el alma, y honesta en el cuerpo : ¡oh! vale mas ella sola á la vista de Dios, que todas las reinas con sus galas, diamantes, joyas y coronas. Así lo comprendió María santísima, cuando se la notificó que ella era la elegida para ser madre del Hijo de Dios.

Vosotros sabeis, hijos míos, que cuando hubo de efectuarse la encarnacion del Verbo divino, un embajador celestial se presentó á María y la dijo : *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres :* y sabeis tambien que oyendo ella esta salutacion, se alarmó y entró en inquietudes y ansiedades, como nos lo dice claro el Evangelio : *turbata est in sermone.* Pregunto ahora : ¿por qué se alarmó la santísima Virgen? ¿qué fue lo que puso en inquietud y zozobra su corazon? ¿Fue la presencia del Ángel? no : ella estaba muy acostumbrada á recibir semejantes visitas. ¿Fue el saludarla *llena de gracia?* tampoco : nada podia serle mas grato que esta plenitud sobrenatural. ¿Fue el decirle *el Señor es contigo?* menos : nada deseaba ella tanto como la asistencia del Señor. Lo que la asustó fueron aquellas últimas palabras, *bendita tú eres entre todas las mujeres.* ¿Y sabeis por qué? Porque segun el estilo de la Escritura, en que estaba ella muy versada, se llaman mujeres todas las que no son doncellas, las que han tenido algun menoscabo en su virginidad.

Si el Ángel le hubiese dicho, *bendita eres entre todas las doncellas,* sin duda se hubiera quedado tranquila ; porque no le hubiera ocurrido sospechar que su pureza podia pa-

decer detrimento ; pero como la llamó bendita entre las mujeres, se alarmó ; porque sospechó que el ser madre de Dios la habia de costar el ser vírgen. Por esto antes de dar su consentimiento quiso cerciorarse bien, si siendo madre dejaria de ser pura ; y hasta que entendió le quedaria intacta su amada pureza, no dió el sí, ni aceptó la alta dignidad de ser madre de Dios : *fiat mihi secundum verbum tuum*. ¿ Podia ella manifestar de un modo mas expresivo su amor á la castidad ? Y vosotros, hijos míos, que haceis profesion de ser devotos de María santísima, ¿ podeis menos que enamoraros de esta angelical virtud ? ¿ Tendríais valor para comparecer en su presencia manchados con la impureza ? ¡ Oh ! Si contaminados de este asqueroso vicio os pusiéseis á su vista, volveria ella la cara para no veros. Pensad esto, amados míos, cuando vais á visitar á María en sus altares.

Y entended al mismo tiempo, que por mas cosas que digamos en honor de la castidad, siempre nos quedarémos cortos y nos restará mucho que decir ; pues mientras vivamos en este mundo, no será posible conocer exactamente lo que ella es, ni cuál sea su mérito y valor. ¿ Sabeis dónde se conoce esto ? En el cielo : allá es donde descubre ella toda su hermosura ; allá es donde resplandece como en su propia esfera ; allá es donde recibe los honores y obsequios que son debidos á su rango. Yo me arrebato, hijos míos, cuando leo lo que nos dice san Juan en su Apocalipsis. Mostróle Dios la hermosa ciudad del cielo, y en un golpe de vista le hizo ver los escuadrones interminables de bienaventurados que la habitan. Quedó el Profeta extasiado y como fuera de sí al ver el número, la alegría, la gloria de aquellos celestiales moradores. Pero héos aquí que entre tantos repara unos que le llaman muy particularmente la atencion. Van vestidos de ropa-

jes blancos, llevan en sus cabezas guirnaldas de flores, están al rededor de Jesucristo sirviéndole dia y noche, y le acompañan á doquiera que vaya, como que fuesen su propia corte. Deseoso el Profeta de saber quiénes son aquellas dichosas criaturas, pregunta á un Ángel : *Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt?* aquellos que veo vestidos de ropas blancas ¿ quiénes son ? Y el Ángel le responde : *Hi sunt qui cum mulieribus non sunt coinquinati ; virgines enim sunt* : estos son una clase de personas que no se han embrutecido con mujeres, y han permanecido castos y puros. ¿ Veis, hijos míos, cuánta es la excelencia de la castidad ? ¿ veis cuáles son los honores que se la tributan en el cielo ? ¿ Qué mas debo deciros yo, para que os resolvais á tomarla por vuestra amiga é inseparable compañera ? ¡ Ah ! Si lo que os llevo dicho no os induce á ser castos, inútil será que me canse en deciros mas. Solo os diré, y esto notadlo bien, que al paso que la castidad es tan hermosa, es sumamente delicada, de cualquiera cosa se ofende. Se ofende de una accion, de una palabra, de un deseo, hasta de un pensamiento que esté fuera del orden y desdiga de la modestia. Es una señora en extremo melindrosa ; y no puede sufrir que se la esponga al aire libre del mundo, ni que se la lleve al sarao, ni que la acompañe el cortejo, ni que se la haga asistir á reuniones de gente relajada ; porque en todos estos lugares siente ella palabras que la ofenden, ve acciones que no le agradan, repara peligros que la asustan. Es como la flor que llamamos rosa, que no está segura sino rodeada de espinas.

Mirad, hijos, una rosa. ¡ Qué flor tan bella ! ¡ qué galana en la figura ! ¡ qué hermosa en el color ! ¡ qué agradable en la fragancia ! Pero observad tambien como está metida entre espinas, que la rodean y tienen como prisionera. Cuando nace,

espinas ya la esperan : mientras está viva, espinas la coronan : cuando muere, sobre espinas deja caer sus hojas. ¿Sabrías vosotros decirme por qué Dios la ha formado así? Yo creo que la ha formado así en beneficio de ella misma. Es ella de una materia tan delicada, de una organizacion tan exquisita y primorosa, que estaria expuesta á mil encuentros, si no fuesen las espinas que la guardan y la defienden. Héos aquí una imágen la mas propia de la castidad. Hermosa como es, necesita de estar entre espinas : y es imposible que guarde mucho tiempo su candor en una persona si no está defendida por las espinas del recato, del retiro y de la mortificacion.

Entended bien esto los que os entregais á las ocasiones peligrosas, exponiendo vuestra pureza á los riesgos mas evidentes. La castidad no puede conservarse sino con mucha vigilancia y á fuerza de precauciones. Si tú, doncellita, no te retiras de aquellos tratos y amoríos ; si tú, jovencito, no te separas de aquellas salas de diversion ; si tú, cristiano, no dejas aquellas compañías y amistades, no quiero echarla de profeta, pero desde ahora os aseguro que vuestra castidad toca á las últimas agonías, y que podeis contarla tan muerta como todos los muertos. Dios proteja vuestra castidad, como protegió la del casto José, la de la desposada Susana y la de la viuda Judit. Amen.

PLÁTICA XII.

NACIMIENTO DE JESUCRISTO.—EL PECADO IMPURO.

Ecce virgo concipiet, et pariet
filium. (*Isai. vii, 14*).

Habiéndonos dicho el tercer artículo del Símbolo, que Jesucristo fue concebido por obra del Espíritu Santo, con un orden muy natural pasa á asegurarnos que nació de María vírgen : *Natus ex Maria virgine*.

El gran misterio de la encarnacion encerrado desde la eternidad en el secreto consejo de Dios, efectuado despues ocultamente en el seno virginal de María, vino al fin á hacerse visible y manifiesto al mundo ; pues pasado el período regular de nueve meses, Jesucristo nació de María vírgen, conforme nos dice el Símbolo. Este nacimiento divino se verificó el año cuatro mil de la creacion del mundo, en la noche del veinte y cinco de diciembre, en una pequeña ciudad de Judea llamada Belen.

Lo primero que aquí conviene saber es, que María es verdadera madre de Jesucristo, no solo en cuanto es hombre, sino tambien en cuanto es Dios encarnado ó vestido de carne humana. Bien parece extraño que María sea madre de aquella Persona divina que fue engendrada del eterno Padre y no de ella ; pero á mas de que esta es una verdad de fe definida contra Nestorio en el concilio general de Éfeso, se hace algun tanto manifiesta por otros ejemplos que tenemos á la vis-